

los cardenales, y esta proposición era la que debía Cobenzl hacer que aprobase Pablo, á lo que accedió en seguida. Luégo debía fijar bien la situación de Pablo respecto de la desleal Prusia como entonces se decía, y en esto le auxilió Besborodko que había vuelto á ocupar el primer puesto, después de la re-

tirada de los Kurakin que habían comprometido á la emperatriz en negocios bancarios que acabaron con la paz conyugal para siempre, amén de la parte de responsabilidad que le cabe á la emperatriz María por haberle declarado á su esposo, después del difícil parto que tuvo en Febrero de 1798, nacimien-



Warren derrota á los franceses en Killala

to del gran duque Miguel, que no quería verse de nuevo expuesta á los peligros de tales trances, lo que abrió el paso á la moscovita señorita de Lapuchin. Pero Besborodko se mantuvo siempre enérgicamente separado de todas esas trapisondas cortesanas.

Todo, pues, iba viento en popa en Petersburg para Austria, y el punto difícil que aún quedaba por resolver estaba á merced de Austria. Pablo pe-

día que Inglaterra le diera su dinero para movilizar sus tropas, pero Inglaterra declaró que no daría un dinero interin Thugut no firmara el tratado que Pitt le había presentado, por los subsidios que en otro tiempo había recibido de Inglaterra, y que Thugut rechazaba por usurario. Thugut no quería en esto precipitarse, recordaba la forma en que había recibido dichos subsidios, y cuanto se lo habían regateado y quería no sin razón que los nuevos subsi-

dios de Inglaterra tuvieran una base más firme que en las épocas anteriores. Luégo no quería precipitarse en la cuestión de guerra, pues, dada la distancia de Rusia del que había de ser teatro de la guerra, se calculaban en tres meses los que serían necesarios para poder entrar en línea los soldados rusos, y además sucedió que habiéndose el general Rosenberg que mandaba el cuerpo ruso que debía penetrar por la Galitzia, negado á admitir que se tratara al ejército ruso bajo el mismo pié que el austriaco, sino que pedía para sus soldados el tratamiento á que estaban acostumbrados en Rusia, no

habiendo accedido de plano la intendencia austriaca, se lo participó al emperador Pablo, quién, llevado de su impetuoso carácter, ordenó sobre la marcha la disolución de aquel ejército, y aún cuando luégo revocó la orden gracias á las reclamaciones de Fernando y Cobenzl, el mal estaba ya hecho, es decir, que se necesitaron siete semanas para volver al primitivo estado de cosas.

Hase discutido si lo conveniente no hubiese sido una acción enérgica, y como esto es incuestionable, se ha censurado á Thugut, diciendo de él que era más terco que enérgico, cuando no hay más que re-



VANDAMME

flexionar sobre las circunstancias que sobre él pesaban para ver lo vano de tal reconvencción. Austria debía atender por de pronto al sostenimiento de sus tropas y de las tropas rusas, cuando tan apurada estaba su Hacienda, pues Inglaterra, á quien tanto interesaba que la guerra se encendiera por segunda vez en el continente, continuaba regateando las libras esterlinas.

Pitt atravesaba ahora un momento precioso. Los conatos de desembarco en Inglaterra, habían reaccionado el espíritu público, y ante el ataque á la unidad y nacionalidad británicas, desaparecieron todas las diferencias políticas. Los miembros de la oposición más influyentes y capaces, entre ellos Fox, no se dejaban ver apenas por la Cámara, de modo que Pitt podía gobernar y desarrollar sus planes sin obstáculo, habiendo obtenido para ello cuantos recursos pidió á los impuestos y á los empréstitos amén de dos millones de libras esterlinas que recibió en donativos del patriotismo británico.

Esto no quiere decir que la situación hubiese mejorado en Irlanda. Si los ánimos habían decaído al ver cuán fácilmente había fracasado la expedición de Hoche, los ánimos se levantaron de nuevo al ver que el Directorio no se daba por vencido y preparaba una segunda expedición al mando del mismo Hoche. Entonces se constituyó en secreto un directorio en Dublin, del que formaban parte Fitzgerald, O'Connor, Emmelt, Bond y el doctor Mac-Navin, quién marchó secretamente á París, para conseguir de Francia ó de España un empréstito de quinientas mil libras, y luégo cinco mil hombres de desembarco como minimum, y diez mil como maximum, y esta restricción era debida al temor de que los franceses no se quedasen con la isla, para todo esto fué Mac-Navin á París. El Directorio ofreció mandar la expedición, pero por lo que toca al dinero hubieron de contentarse con promesas, lo mismo de parte de España que de Francia, pero el Directorio dijo que de ningún modo entendía limitarse á man-



dar 10.000 hombres, lo que era sacrificarlos, sino que enviaría los que creyera conveniente y necesario para dar un golpe decisivo.

Si el éxito de la empresa que debía llevar á cabo Hoche, hubiera debido ser el resultado del auxilio que el país le diera, nunca como en aquellos días de la primavera y verano de 1797 hubo mayor decisión, pues habían sido tantos y tan grandes los estragos de los soldados ingleses en la isla en donde desarmaban á los aldeanos de una manera bárbara, tanto que su mismo general Abercromby dió una orden del día, que le valió ser relevado, en la que decía: «que se habían hecho temibles á todo el mundo, menos al enemigo,» que la liga de los irlandeses unidos contaba con 500.000 afiliados, aumento debido á haber ingresado en la liga todo el bajo clero católico. De modo que la liga desde este momento dominaba por completo el país, haciendo pagar caros á los oranguistas los desmanes de los soldados ingleses.

Habían por fin señalado el mes de Mayo para el levantamiento de Irlanda, pero el 12 de Marzo, caían en poder del gobierno inglés todos los jefes y el Directorio irlandés vendidos por Tomás Raynolds, miembro del comité provincial de Leinster. Fitzgerald, que era el único que había escapado por no estar aquel día, en el momento de penetrar la policía en el local donde celebraba sus sesiones el Directorio, fué descubierto en su escondrijo, que lo tenía en una pobre casucha de Dublín, y puñal en mano se defendió enérgicamente de la policía hasta caer de un tiro mal herido. A los pocos días había fallecido.

Tan grande desgracia hubiera debido desorganizar la resistencia que en seis semanas perdió su Directorio. Cuarenta mil fusiles y doce cañones, todo descubierto por la traición ó recogido por los soldados ingleses y la policía en sus terribles pesquisas, pero como ahora todo el mundo se consideraba perdido, la desesperación infundió el valor de la desesperación, y el alzamiento se realizó, naturalmente, sin plan por todas partes, y como estos levantamientos son terribles de momento, los ingleses sufrieron grandes pérdidas, pues los destacamentos aislados eran exterminados hasta su último hombre. Estos triunfos fueron causa de que se concentrasen en Vexford y en la colina de Vinegar unos 15.000 irlandeses que el general Lake, con otros tantos ingleses, consiguió derrotar y dispersar con poco esfuerzo.

Viendo Pitt que la revolución no tenía trazas de acabar, aún cuando ya no temía ni á Hoche que había muerto, ni á Bonaparte á quien hacía tener cau-

tivo en Egipto, mandó á Irlanda de virey al general Cornwallis, quién, desde luégo, informó á Pitt que le sostuvo enérgicamente sobre la necesidad de cambiar de sistema político, pues el terror inglés había llegado á su colmo.

El Directorio cuando vió lo importancia que tenía la sublevación de Irlanda, ofreció enviar allí auxiliares poderosos, pero sólo hasta el 22 de Agosto había logrado enviar al general Humbert con mil cien hombres que á los pocos días derrotaba al general Lake, que con tres mil hombres había salido á su encuentro. Esto hizo que Cornwallis reuniendo fuerzas considerables envolviera al general francés que no tuvo más remedio que rendirse después de varios sangrientos combates en Ballynamuck. En Octubre hubo un nuevo desembarco. El almirante Bompert se presentó de nuevo en la bahía de Killybegs con tres mil hombres el día 11, pero el 12 se presentó con su escuadra el almirante Warren, y como los franceses sólo llevaban un navío y ocho fragatas, los navíos ingleses dieron muy pronto razón de la expedición francesa, hasta el punto de no escapar del desastre más que dos fragatas. Desde este momento se abandonó toda idea de ulteriores desembarcos en Irlanda, y, por consiguiente, Inglaterra se consideró libre de sus movimientos y mandó al comodoro Duckworth con una escuadra contra la isla de Menorca, de la que se apoderaron los ingleses el 10 de Noviembre, pues sólo encontraron en Mahón para su defensa la traición y la cobardía. Este golpe de mano nos dice cuán á menos había venido España en 1798, y por lo tanto queda justificado el poco respeto con que ya se nos trataba en todas partes.

Un hecho no menos importante ocurrió en estos días en nuestro mar, y que de nuevo estuvo á punto de que Pablo I no retirara sus tropas ya en camino para la frontera franco-austriaca. Ocurrió que la escuadra turco-rusa se presentó el 1.º de Octubre ante las islas Jónicas, apoderándose de ellas una tras otra, excepto de Corfu, en donde el general Chabot, con sus cinco mil hombres; estuvo resistiendo durante tres meses, y como los jónicos no quisieran nada con los turcos ni con los rusos pidieron y obtuvieron permiso para enarbolar la bandera austriaca, lo que les constituía súbditos del emperador. Cuando esto lo supo Pablo I se desató en denuestos contra Thugut y Austria, teniendo que sufrir sus exabruptos el pobre Cobenzl que veía ya de nuevo en peligro la alianza, y á quien hizo saber que había aprobado lo propuesto por Turquía de erigir aquellas islas en república aristocrática

bajo su protectorado. En esto Pablo andaba tanto más fuera de razón, cuanto que había exigido que una vez Malta se hubiese reconquistado pasaría al dominio ruso, para lo cual Pablo I se había hecho nombrar Gran maestro de la orden de San Juan. Thugut, sin embargo, no creyó que la posesión de las islas Jónicas valiera la alianza rusa, y cedió, contando que al hacer la paz, el czar le había de auxiliar en extender sus posesiones por la Italia.

Terrible era en estos momentos la posición de Thugut.

Los rusos no habían hecho más que abandonar la Galitzia, cuando se le quiso comprometer á la guerra por Inglaterra de una manera desdichada. Thugut, como ya sabemos, iba á la guerra pero no quería que se fuera á ella con la misma precipitación de la anterior guerra que llevó á Bonaparte á las puertas de Viena. El archiduque Carlos no quería oír hablar de una campaña de invierno, y Thugut no quería en modo alguno presentarse ante Alemania como agresora. Además veía como iba embrollándose la situación política del Directorio y creía que no convenía en estos momentos darle fuerza atacándole. Pero los ingleses que tenían ociosas sus escuadras en el Mediterráneo, que se consideraban seguros por mar y que nada iban á arriesgar por tierra, calentaron los ánimos de los reyes de Nápoles, que fué un milagro que la guerra no estallase por sí sola en Nápoles el 22 de Setiembre de 1798 al presentarse allí Nelson con parte de su escuadra, obedeciendo órdenes superiores, cargado con los laureles de Aboukir. Pero Nelson en Nápoles fué á su vez vencido por la celeberrima Emma Harte, ó Emma Hamilton por haber casado con el embajador de Inglaterra en Nápoles en quien se renuevan todos los horrores del libertinaje de la edad antigua, en los que no dejó de tomar parte la reina Carolina que tenía tanto afecto al irlandés Acton, el primer ministro de su esposo, como á la bellísima inglesa por la que se deshonró Nelson para siempre á los ojos de una posteridad honrada y severa, pues ni aún el crimen espantó al vencedor de Aboukir y Trafalgar para complacer á las dos amigas, pues mandó ahorcar al almirante Carracciolo cuando la restauración borbónica, para que sus damas favoritas gozaren de tal espectáculo. Esto hizo que de momento las cosas no fueran muy aprisa, que los rusos se adelantaran á los ingleses en las islas Jónicas, y á poco estuvo de que no sucediese lo mismo en Malta, á donde al fin se decidió á presentarse Nelson logrando por un momento arrancarse de los brazos de la bella Emma, la inventora de los trajes

á la griega, que tanto escándalo causaron en París y tan famosa hicieron á la señora de Tallien.

De regreso á Nápoles, Nelson secundó enérgicamente á la reina Carolina que quería á toda costa la guerra inmediata, á lo que se mostraba dispuesto su tolerante marido Fernando IV, máxime creyendo con esta guerra arrastrar á Austria, en virtud del tratado que unía á estas dos potencias. Pero Austria se desentendió terminantemente de todo compromiso para el caso de que fuese Nápoles la que atacase, y como Inglaterra ofrecía sus escuadras, y Rusia hasta sus soldados, la exaltación de Nápoles llegó á su colmo, porque lo mismo la reina que Nelson, por la influencia de Emma, no veían otra cosa que la guerra.

Mack, que mandaba ahora el ejército napolitano, se dejó convencer mal de su grado, porque no tenía confianza ni en sus soldados, ni en sus oficiales que los mandaban, á los primeros por cobardes, y á los segundos por imbuídos de las nuevas ideas, y el 24 de Noviembre traspasaba la frontera al frente de 38.000 hombres distribuidos en cuatro columnas, sin previa declaración de guerra, creyendo así sorprender á los 15.000 hombres que ocupaban los Estados pontificios al mando de Championet, que no tenía más que 9.000 de ellos en Roma mandados por Macdonald.

Cuando el Directorio supo lo que ocurría declaró la guerra á Nápoles,—6 de Diciembre de 1798.

Mack no se había equivocado. La cobardía y la traición hicieron que las columnas mandadas contra Lemoine que estaba en Terni y contra Duhesme que tenía 3.000 hombres en Ancona, se dejaran batir y se dispersaran, pero de momento no se pudo impedir que el rey de Nápoles y Mack entraran triunfalmente en Roma,—29 de Noviembre,—en donde la alegría de los romanos se trocó inmediatamente en amargo llanto, pues, los napolitanos se entregaron en seguida á toda clase de excesos con las personas y con las cosas.

Entretanto los franceses se concentraban en Terni, y el día 4 de Diciembre en Civita Castellana, los franceses ponían en dispersión á los napolitanos que ya no hicieron más que correr hasta ponerse detrás del Valturmo.

El 22, la familia real, los embajadores de Inglaterra y Austria y otras familias de distinción, se refugiaban á bordo del navío almirante inglés que los traspasó á Palermo.

Nápoles quedaba sin gobierno, abandonada á Mack que era acusado de traidor por los lazzaroni, siempre dispuestos para matar asesinando, pero